

Indudablemente personifica Eva la mujer primitiva, la mujer salvaje. Pero ¿qué debemos creer? ¿Está delante de nosotros una progresión hacia las alturas, ó una retrogradación hacia los abismos? Hay quien cree que subimos por las escalas de la vida en ascensión constante hasta tocar quizás en la naturaleza reservada por Dios á los ángeles, y hay quien cree que descendemos hasta confundirnos con las especies inferiores para desgarrarnos en una guerra perpetua. Mientras unos ven sobre nuestras frentes un cielo inmenso, descubren otros á nuestros piés una inmensa cloaca. Muchos pesimistas colocan á nuestras espaldas el Paraíso, y dicen que cada paso en la senda eterna del tiempo nos aparta de aquellos sus senos y nos precipita en las profundidades inmensas del mal. Todas las religiones pondrán más cerca ó más lejos una humanidad completamente dolorida y encorvada so la pesadumbre de su pecado. Pero de aquí, de tal hecho indudable, dimana un estado primitivo, del cual nos hemos ido poco á poco desasiendo, merced al trabajo constante de la civilización, que ha querido comenzar por darnos conocimiento del bien para ponernos luégo en camino de practicarlo sobre la tierra. Indudablemente la Eva primitiva, una vez fuera del Paraíso, bien por su culpa propia, bien por culpa de la inteligencia ó limitación hu-

mana, representa la mujer prehistórica en sus naturales dolores, cuando la desnudez expónela por necesidad á todos los furores del aire, y la ignorancia de cuanto necesita la especie humana para su desarrollo y para su defensa expónela también á todos los furores de las especies carniceras, que la olfatean para pasto de su voracidad y para despojo de su guerra. Esa mujer dolorida, llorosa, mal envuelta en el velo de su cabellera, mal ceñida por las hojas de los vegetales, temblando al azote de los elementos que chasquean sus látigos de rayos y huracanes sobre aquellas espaldas, acechada en todas partes por todos los seres hambrientos, desde los mosquitos que chupan su sangre hasta las víboras que silban por emponzoñarla y corromperla con sus áspides, sin aquella venda feliz de su inocencia tranquila que la hacía creer en la pureza de todas las cosas y en la paz entre todos los seres, sin auxilio alguno allí donde acaso había creído asentar para siempre, como la diosa en su templo, un absoluto dominio.

Imaginaos aquellos prehistóricos tiempos, en los cuales comenzaba el esbozo informe de nuestra humanidad sobre la tierra. Altas cordilleras acaban de levantarse, descuajando territorios enteros en una especie de terremoto gigantesco, semejante á titánica epilepsia, que hubiera sobrecogido el cora-

zón de nuestro planeta. Las costas han oscilado para constituir su lecho definitivo á los mares, como el barro á cocer movido por los alfareros en sus faenas. La humedad mezclada con el calor han abortado una vegetación enmarañadísima y gigantesca, la cual cierra por todas partes el paso, tanto á los volcanes en erupción, que despiden sus rojas llamaradas, como á los témpanos y los aludes que ruedan como cristales rotos á impulsos del universal estremecimiento. Un diluvio del cielo cae sobre los torrentes y los ríos salidos de madre, por no haber encontrado todavía su cauce. Las rocas más firmes se descomponen como las sustancias químicas en el crisol de un alquimista. La descomposición de las plantas llegó al extremo de producir las rocas turbosas y la descomposición de los animales al extremo de producir las rocas madreporicas. Bostezaron los montes recién formados, y abrieron las cavernas, y tendieron por todas partes los surcos de grietas en cuyos hondos y repliegues podían abrigarse nuevas especies. La gota caliza incrustante, como si fuera un cincel misterioso, esculpió esas columnatas que suben y esos florones que bajan por nuestras cuevas estalactíticas. Los cantos erráticos, dispersos en todas direcciones, patentizaron la enormidad incalculable de aquellas catástrofes continuas. Las aguas diluviales tendieron por las arru-

gas terrestres el aluvión inmenso en acarreo torrencial. Los zoófitos invisibles de los espesos aires construyeron con sus cadáveres petrificados cordilleras de marítimas dunas, ó se cuajaron en corales bajo las espesas y bituminosas aguas. Ejercía el fuego creador su acción, á guisa de arquitecto, aglomerando moles y más moles para edificio colosal, mientras el agua calcárea, y la nieve, y el hielo, ejercían su virtud escultórica y estriaban como grandes intercolumnios las montañas graníticas. Los helechos inconmensurables; las coníferas de ramajes que diríais metálicos; los robles, antiguos representantes de la fuerza en el sentir universal, y las hojas cubiertas de las enredaderas ó lianas por el calor y la humedad nutridos, crecen sobre los fragmentos de las catástrofes atrayendo á sus copas insectos innumerables que forman como especies de animadas y zumbantes nubes. Y así, mientras las raíces de tantos vegetales, absorbiendo, como diminutas bombas, la materia inorgánica, transfórmanla en orgánica; el río, arrastrando moléculas desprendidas de los metales; el alud, esparciendo por los llanos fragmentos de las cimas; los almajares, ó lagos, donde la tierra se descompone por medio de sedimentos, cuyos atomillos resultan apropiables á zonas superiores del organismo, todo este gran trabajo de composición y descomposición va prepa-

rando su espacio indispensable al hombre prehistórico, en combate, y no en armonía, con todo cuanto le rodea, sublevado contra él, por semejante período terrible de guerra encarnizada y universal, donde la vida se abría paso con suma dificultad y reinaba rodeada por todas partes de sus ejércitos exterminadores la implacable muerte.

Los compañeros, en tal edad horrible, del hombre y de su incipiente familia, eran el oso de las cavernas, el mastodonte, parecido á una fortaleza ó castillo andando, el rengífero y tantas otras especies animadas por un odio nacido al estímulo y espoleo del hambre insaciable. Para las alternativas de frío y calor que traían los combates varios entre las erupciones de lavas ardientes y la invasión de nieves perpetuas, necesitábase ya una manera de armadura exterior, procurada por el combate continuo que traía de suyo á muy mal traer la humana vida en aquella vorágine de batallas sin cuento y en aquella siega de hombres sin número. Al ver las especies, que coincidían entonces con la nuestra ya, vemos también las dificultades opuestas al desarrollo humano, á su crecimiento, á su progreso. El elefante de aquel entonces no aparecía pelado como el de ahora; gruesa lana le cubría y abrigaba con sus hondos vellones, y una crin semejante á las de leones y caballos caía de su cuello gigan-

tesco en señal de la doble defensa que había menester contra sus rivales en las especies animadas y contra el desencadenamiento de todas las fuerzas naturales, enardecidas por el exceso mismo de su expansión y de su eficacia. El rinoceronte arrastraba también lanas gruesas y largas; su hocico enorme husmeaba la caza perpetua contra las demás especies, para cuya caza disponía de dos colmillos enormes, relucientes y acerados como verdaderas armas. El oso gigantesco de las cavernas, que no dejaba entrar al hombre todavía en sus naturales refugios y abrigos, se criaba con testuz abombado y fuerte como el de un toro y uñas como las de un tigre. No había bituminoso lago á cuyas orillas sombrías y á cuyas aguas espesas no bajasen ganados de innumerables hipopótamos, tan colosales por sus cuerpos como feroces por sus instintos. El ciervo megacero llevaba gigantescos árboles, más que cuernos, en su frente, y el buey almizclado porfiaba con todos sus semejantes en estatura y en crueldad. Los roedores de dientes incisivos acababan con todo entre sus quijadas, y los insectos visibles é invisibles henchían los aires con sus corpúsculos asesinos. Cada especie, necesitada en este general horror de mantener un exterminador combate, iba en grandes ganados, á quienes podríamos llamar con razón verdaderos ejércitos, se-

gún el odio que los impulsaba en sus marchas y el destrozo que hacían por doquier á su paso. El ren-gífero, vestido con sus pieles y coronado con sus cuernos múltiples, que hoy tiene paciencia y sobriedad indecibles, participaba en sus colosales ascendentes del odio diseminado por los espacios inmensos, y mantenía, como todas las especies análogas, su puesto de lucha y exterminio en el combate universal.

¿Qué hubiera sido entonces del hombre sin las cavernas? El fuego subterráneo que construía estos huecos, el alud que llevaba una piedra y abría un hoyo al desprenderla y arrancarla de su natural asiento, las inundaciones del diluvio que formaban como vasos para desecarlos luégo en evaporaciones continuas, el tránsito abierto por un filón minero-lógico, el intersticio dejado entre sobrepuestos terrenos, todo contribuía viva y eficazmente á la formación de cavernas, en las cuales podía encontrar este desgraciado expósito que se llamaba hombre, un abrigo, á lo menos contra los elementos alterados, ya que no contra las especies feroces. Hoyo, grieta, cueva, gruta, espelunca terrible, honda caverna, todo podía servirle más aun que los troncos de las plantas ó árboles cuando, entregado á sus fuerzas tan sólo y desprovisto de armas, vestíase con las hojas y alimentábase con los frutos en aquel

exceso de vida vegetal, dañoso, como todos los excesos, á la proporcionada y armoniosa vida humana. ¡Cuánta gratitud no debemos á la gota calcárea que ha ido estriando estas primeras habitaciones humanas y á la capa de arcilla que ha ido poco á poco apercibiendo un suelo relativamente blando y mullido en que pudiera el primer hombre contra tantas asechanzas procurarse un sueño reparador! Los cantos rodados enormes que se hallan junto á los esqueletos de nuestros padres muestran cuánto habrían de luchar en aquellas concavidades los individuos destinados á salvarse, casi por milagro, de aquel anegamiento. Y, sin embargo, no pueden confundirse los asilos de las especies carniceras, á la sazón existentes, con los asilos de la especie humana. Distínguense desde tiempo inmemorial mucho las madrigueras donde habitan los brutos feroces del asilo donde se refugian nuestros semejantes. Cueva poblada de fieras, las cuales arrastran la presa recién cogida por sus uñas para triturarla entre sus dientes, no acoge al hombre primitivo como éste no se haya cerciorado por completo de su larga y definitiva despoblación ó abandono. Así hay diferencias entre las madrigueras de brutos feroces y las cuevas, ó bien apercibidas para humanas habitaciones, ó bien para sepulcros. Distínguense con facilidad unas de otras cavernas en que los huesos depositados por los an-

tros de las madrigueras están rotos y magullados al choque de quijadas y dientes, mientras los huesos de los asilos humanos están cortados con instrumentos y de una manera uniforme sugerida ya por humana y reflexiva industria. Así, pues, el hombre primitivo no pudo tener más refugio asquible á su estado tristísimo ni habitación alguna dispuesta para él como estos huecos del planeta, por los elementos apercebidos y aparejados á su conservación.

En estas cavernas se ven y encuentran lechos de tierra donde reposaba el hombre primitivo, hachas de pedernal cortadas con otro pedernal, agujas hechas del cuerno de los rengríferos, todas penosamente talladas y poco puntiagudas. Algunas conchas marinas debían servirles de adornos á las pobres mujeres exaltadas ya entre aquellos horrores de la propensión natural á su sexo hacia los ornamentos y preseas. También se ven amontonadas las primeras flechas, muy groseras, algunas de ellas medio quemadas y ahumadísimas, como si hubieran permanecido en el cuerpo de la fiera muerta durante su cocción en el hogar doméstico; y además de las flechas, huesos de brutos feroces perforados, como para servir de amuleto á las primeras supersticiones humanas. El hacha de piedra revela cuán imperfectos medios de combate disponía el hombre

contra tantos elementos de asoladora destrucción como le acechaban y perseguían por todas partes, sitiándolo con verdadero asedio. Algunas veces, dibujos informes, como los que nuestros niños de hoy esbozan en las planas ó en los libros de sus escuelas, venían á indicar cómo se despertaban los instintos estéticos en las especies primitivas, á pesar de no tener tiempo ni espacio sino para el combate perdurable á que se hallaban por tantas leyes inflexibles y tantas fuerzas incontrastables sin remedio condenados. Lo primero que indica el establecimiento de la familia es el vaso grosero y tosco, apenas modelado, y la piedra medio ahumada, pues el primero supone una conservación de bebidas y alimentos, mientras la segunda supone un como comienzo de hogar ya fijo, en el cual puede abrigarse como familia. Aquellos eran los tiempos y los siglos del combate. Por consecuencia, el mal estaba muy presente y el hombre lo creía producto de su culpa, de su pecado, no de los genios benéficos en forma de fetiches más ó menos groseros á quienes fiaba en parte su custodia y defensa. Para más apenarlo en situación tan triste, alzabase á sus espaldas el recuerdo vivo de un edén alejado, y alejado por su falta, donde la sumisión del mundo al hombre contrastaba con esta sublevación universal de todos los elementos y los animales conjura-

dos contra su roto y herido monarca. El martilleo de sus remordimientos en las sienes con el recuerdo de su pecado en la memoria, le taladraban la frente al atribulado primitivo habitador de nuestro planeta, y la pobre mujer, tierna y delicada como siempre, á fin de quitarle parte de sus penas, pedía, en su dolor, lo más acerbo del castigo, imputándose lo más primordial del crimen.

El hombre de los primitivos tiempos no laboraba los campos aquellos; combatía con los animales feroces. La caza continua se le imponía con verdadera imposición soberana é incontrastable. Necesitaba del animal vencido, no sólo para proveer á la propia defensa y seguro, para vestirse con sus pieles contra los fríos de las épocas glaciarias, para con sus carnes alimentarse de alimentos necesarios á la robustez exigible de una especie á todas horas en combate. Por consecuencia, la caza, esa prolongación del combate mantenido entre las especies inferiores, debía resultar ocupación precisa é indispensable de los primitivos habitantes del planeta. Existían entonces, como ahora, especies dañinas, con las cuales ninguna paz podía pactarse á causa de su ferocidad, como el tigre de dimensiones enormes, como el mismo león, cien veces más feroz que nuestros leones, como el oso de las cavernas que trituraba entre sus quijadas, semejante á piedras de mo-

lino, las presas conseguidas por su enormísimo esfuerzo y devoradas por su insaciable voracidad. Pero el rengífero servía mucho al hombre primitivo, y su figura señala ya un alivio en la triste primera condición humana. De sus tendones hará cuerdas para los arcos, de sus cuernos, semejantes á leñosa vegetación, flechas para las cacerías, de sus carnes alimento para la familia, de sus pieles vestimenta. Gran diferencia entre aquel oso de las cavernas y este rengífero de los primeros prados. Mientras el terrible animal anterior jamás huele ú olfatea un humano sin asediarse y combatirlo, según sus instintos de natural exterminio, el rengífero, más docil, y si posible fuera tratándose de animales usar la palabra, mucho más humano, colabora paciente y sobrio al trabajo del hombre y le presta un auxilio sin el cual quizás no hubiéramos podido salir de aquel primitivo período caracterizado por nuestra primera culpa, en cuyo larguísimo desenvolvimiento parecía el universo entero airado contra nosotros al punto de amenazar y destruir los primeros individuos de nuestra especie, que se hallaban todos sin recursos apenas para defenderse y para salvarse.

Indudablemente los terribles espectáculos ofrecidos á la vista del hombre y los asaltos que le daba la naturaleza, como subvertida en su contra, debieron causarle profundas emociones, muy semejantes

á las que vemos y observamos en los animales, con cuyas familias entrelazábanse á la sazón aquella las familias humanas. El animal á veces tiene más medios para expresar sus emociones que nosotros, ó, por lo menos, medios distintos de los nuestros. Las orejas movibles dan al perro, al caballo, á la liebre una facilidad grandísima en la expresión de sus emociones. Mirad el galgo persiguiendo al conejo, y veréis cómo el perseguidor echa las orejas adelante mientras el perseguido atrás. Cual proceden los gatos cuando ven una especie contraria de la suya, que levantan erizado el pelo, encorvan la espina dorsal, abren la boca, despliegan las uñas, muestran los dientes, procedía el hombre primitivo; pues, aun cercano á la inferior animalidad, expresaba con gestos análogos el horror á las especies enemigas y el duelo perdurable con todas ellas. Ignorante, por aquel entonces, así de su alma como de su cuerpo, no sabía los factores que determinaban sus acciones; pero realizábalas bajo el influjo de sus nervios, de sus músculos, de sus fibras, con la obediencia natural á los impulsos é instintos de su sér. Temblaba el hombre primitivo, como temblamos nosotros, en las emociones de miedo. Sudaba en las emociones de angustia, como nosotros sudamos. Su corazón se conmovía como el nuestro, bien que á excitaciones más externas. Relacioná-

banse por medio del nervio epnoumogástrico cerebro y corazón en él, como se relacionan ahora. Y lá cabeza mandaba en esta preciosísima, y sensible, y motriz entraña de nuestro pecho, como los martilleos del corazón resonaban y repercutían á su vez en el cerebro. Los pelos se le ponían de punta y la secreción de las lágrimas se le asomaba también á los ojos. Rechinaba sus dientes y hacía contorsiones horribles al dolor. Postrábase como nos postramos nosotros al desmayo, y transmitía su fuerza nerviosa como nosotros la transmitimos. Pero nó tenía los medios de maravillosa expresión que nos han dado á sus descendientes las trabajadas y ricas lenguas cultas, pareciéndose las primeras voces y los primeros gritos á las voces y gritos de los animales, como sobrepujando también á la emisión de palabras articuladas el gesto, el ademán, es decir, lo que llamamos de antiguo verdadero lenguaje de acción, el cual tanto se asemeja de suyo al instintivo é inconsciente lenguaje de las especies inferiores.

Pero bien pronto los sonidos que impresionaban sus tímpanos debían tentar el natural instinto imitativo á reproducirlos. El suspiro, la queja, el llanto, parécense ya de suyo á la palabra, como que la llevan en germen. El resuello de los volcanes, el horroroso estampido por el alud tonante dado en el

silencio de las noches, el aullar de las fieras en sus hambres, el desgajamiento de las cataratas retumbantes, el bramido de los huracanes, el choque de las ramas, el rugir de los terremotos, el bostezar de las cavernas, llevaban en sí bastantes sugerencias para mover y persuadir el hombre primitivo á que imitase y repitiese tales tremendos fragores. Las interjecciones monosilábicas, tan semejantes al resuello y al suspiro, correspondían con estos instintos imitativos y les daban satisfacción. Es indudable que las lenguas salvajes poseen onomatopeyas ignoradas de las lenguas cultas. Es indudable que todos los pueblos primitivos se asemejan en el valor que dan á los gestos sobre las palabras. Expresiones monosilábicas y ademanes muy expresivos: he aquí lo que hallamos en todas las lenguas bárbaras y lo que por inducción debemos atribuir también á las lenguas primitivas de las razas prehistóricas dadas mucho más á la pantomima que las razas cultas. El fruncimiento de las cejas, el repliegue ó extensión de los labios, el resplandor de la mirada, el ronquido de las narices, las propensiones del cuerpo, la risa, el llanto, daban múltiples medios á los primitivos hombres para comunicar las emociones rudimentarias y las ideas incipientes de aquel embrión de lenguaje y de palabra que debían llevar en los albores de su espíritu y en los comienzos de su

historia. Echar atrás la cabeza, ó sobre su pecho bajarla, indica bien claramente dos afectos diversos, que podían acentuarse más por una expresiva interjección de las que aprendían imitando tantos sonidos como se hallaban diseminados por los aires. Así vemos que ciertas interjecciones demuestran la conexión universal entre nuestra naturaleza íntima y la naturaleza externa. La mujer es aún más expresiva que el hombre y gusta más de los gestos que nosotros. Y la mujer y el hombre primitivos expresaban sus alegrías por la sonrisa, sus quejas por el suspiro y por el llanto, sus afirmaciones golpeándose el pecho, sus repugnancias volviendo la cabeza, sus horrores por interjecciones muy semejantes á las usadas hoy en las más castigadas y más cultas entre todas las lenguas. No puede dudarse de que las especies primitivas imitarían los sonidos derramados en los aires cuando nuestras palabras aun tienen onomatopeyas varias en consonancia con los sonidos de la naturaleza y aun imitan en sílabas y hasta en letras chirridos, maullidos, arrullos, gorgoros de los animales. La lengua primitiva del hombre prehistórico debía en todo parecerse al balbuceo del niño, reducida, como estaba naturalmente, á expresar emociones muy simples por medio de cadencias puramente imitativas.

Eva representa, pues, la primera mujer. Nos-

